

REPRESENTACIÓN DE GUATEMALA EN EL IMAGINARIO DE ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO<sup>1</sup>

YOSAHANDI NAVARRETE QUAN  
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Resumen

En este artículo se analiza la recreación que Enrique Gómez Carrillo hace de Guatemala, a través de las primeras crónicas que escribe de adolescente en los periódicos de su país. Esta imagen se complementa con la que evoca en el primer tomo de su autobiografía, *El despertar del alma*, treinta años después. A partir de una mirada impresionista, el cronista retoma aquellas cualidades que pueden catapultar a su ciudad natal hacia la modernidad: el desarrollo económico, la educación y el comercio, por mencionar algunas. Además, en los textos analizados, se contrasta la imagen de la ciudad y el campo, como muestra de las grandes contradicciones por las que atraviesa Guatemala justo antes del cambio de siglo.

Palabras clave: Enrique Gómez Carrillo, Guatemala, modernismo, crónica, siglo XIX

Abstract

This article analyzes the recreation that Enrique Gómez Carrillo makes of Guatemala, through the first chronicles he writes as a teenager in the newspapers of his country. This image is complemented by the one he evokes in the first volume of his autobiography, *The awakening of the soul*, thirty years later. From an impressionist perspective, the chronicler takes up those qualities that can catapult his native city into modernity: economic development, education and commerce, to name a few. Furthermore, in the texts analyzed, the image of the city and the country is contrasted, as an example of the great contradictions that Guatemala is going through just before the turn of the century.

Keywords: Enrique Gómez Carrillo, Guatemala, modernism, chronicle, 19th century

---

<sup>1</sup> Este artículo es parte de mi investigación doctoral. Una primera versión de este trabajo fue leída en el Tercer Congreso Internacional: Reencuentro con Enrique Gómez Carrillo y el Modernismo, celebrado en la ciudad de Guatemala el 15 de julio de 2016.

A finales del siglo XIX e inicios del XX surge y se desarrolla el movimiento modernista como una nueva propuesta estética y cultural de los escritores hispanoamericanos, mucho más amplia y cosmopolita que las de sus antecesores. Una de sus expresiones más características, la crónica, permitió al narrador-protagonista o narrador-testigo informar sobre diversos eventos desde un punto de vista eminentemente subjetivo. Se podría decir que el cronista narra desde adentro, desde la perspectiva de la calle. En el caso de las crónicas que se refieren al lugar de origen, especialmente a las ciudades que comienzan a emerger, el punto de vista que prevalece será el del habitante que vive, observa y valora lo que encuentra a su alrededor.

Al escribir sobre la ciudad de Guatemala, Enrique Gómez Carrillo, de quien hablaremos en este trabajo, hace un guiño a la figura arquetípica de Baudelaire: el *flâneur*,<sup>2</sup> el paseante, quien durante sus callejeos contempla y describe subjetiva e imaginativamente los cambios vertiginosos que sufre la ciudad, resaltando aquellos aspectos que llaman su atención. Al respecto, Barthes señala que “la ciudad es una escritura; quien se desplaza por la ciudad, es decir, el usuario de la ciudad [...] es una especie de lector que según sus desplazamientos aísla fragmentos del enunciado para actualizarlos” (264). En este artículo se plantea que el cronista guatemalteco representa al usuario de la ciudad, que camina para experimentar, absorber el espacio, y elegir los detalles que le servirán para representarlo a través de su escritura, como es evidente en sus múltiples crónicas de viajes. Lo que casi nunca se menciona es que esta característica comienza a desarrollarse cuando Gómez Carrillo es un adolescente en su país.

Desde muy joven, sus reflexiones, descripciones y valoraciones se basan en diversos recursos estilísticos que denotan una preocupación por el aspecto poético y plástico del lenguaje, una de las características que comparte con la mayoría de los escritores modernistas que practican lo que Cuvardic García describe como: “[...] un ejercicio de sobre escritura estilizada que tematiza la operación de un sujeto literario, enunciador de una mirada singular sobre lo que informa; lanza, en suma, una mirada estética sobre lo prosaico” (240-241). En este sentido, desde sus primeros escritos es evidente el interés por promover la belleza de la prosa, apoyándose en el lenguaje poético de la frase.<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> La figura del *flâneur*, uno de los paradigmas estéticos de la modernidad, surge a comienzos del siglo XIX. Es el paseante, callejero urbano, ocioso, pero intelectualmente activo, que observa la ciudad analíticamente. El *flâneur* se mueve a ras del suelo, a nivel de la calle, con el fin de mezclarse con sus habitantes, permeándose de los olores, aromas y sabores del entorno. Representantes del *flâneur* intelectualmente productivo serán el escritor y el periodista. Cuvardic García plantea que, “complementario de la modernidad como proceso de racionalización y desencantamiento, el *flâneur* será el sujeto que perciba la modernidad, experiencia de lo transitorio, lo fugaz, lo fugitivo” (17-20).

<sup>3</sup> En su ensayo “El arte de trabajar la prosa”, el guatemalteco sintetiza no sólo su sentir sobre el trabajo escritural, sino que refleja la estética que promueve el movimiento modernista respecto a la prosa y, por supuesto, su propia poética. La perfección en la escritura no es fortuita, dice Gómez Carrillo. Hay que trabajarla. Y dado que el idioma es una fuente viva, qué mejor forma de hacerlo que consultar diccionarios para enriquecer el lenguaje. No hay que descuidar ni la forma, ni el ritmo; éste debe ser espontáneo y fluido. La prosa tiene la obligación, afirma, de atraer y mantener la

Con el fin de promoverse, las propuestas modernistas requirieron de un medio de recepción adecuado para experimentar y exponerse. Comienzan a surgir entonces publicaciones periódicas y revistas literarias tanto en América como en Europa, especialmente en París y España, cuyo propósito es impulsar la producción de autores hispanoamericanos, propiciando el intercambio de ideas entre los hablantes del español. Guatemala no es la excepción y desde fines del siglo XIX se produce una creciente proliferación de revistas y periódicos que buscan informar a la población letrada sobre las noticias locales, internacionales, culturales y literarias. Es importante señalar que el surgimiento de dichas publicaciones va de la mano de objetivos muy claros y específicos: construir un proyecto cultural latinoamericano, desarrollado principalmente en las ciudades, que respalde el modelo de la modernidad industrial prevaleciente en Estados Unidos y Europa. Los cambios culturales y económicos se convierten así en el tópico principal de las crónicas. Esto da pie a una reflexión sobre el proyecto político y económico latinoamericano, mismo que se traduce en críticas o elogios por parte del escritor, como veremos en los textos que Gómez Carrillo escribe sobre Guatemala (Cuardic García 241).

Las revistas especializadas, de variedades, y las secciones culturales de los periódicos serán fundamentales para el sostenimiento económico de los escritores, quienes debieron enfrentar el reto de adaptarse a las exigencias que este tipo de publicaciones demandaban. No solo se les pedían cuentos y poemas, también tuvieron que redactar reseñas de libros, crónicas que hablaran de la vida cotidiana, curiosidades, viajes, y hasta notas necrológicas. Entre las fórmulas que los modernistas utilizan en sus crónicas para abordar el espacio, sobresalen dos recursos: la impresión y la sensación. El primero emerge en el marco de los clásicos de la filosofía empirista inglesa del siglo anterior, que la prosa periodística retoma. El uso de la impresión y sensación, como estrategias discursivas, será una herencia del romanticismo y del costumbrismo español, identificable en los textos de autores como Larra y Mesoneros. Los modernistas latinoamericanos se apropian, en mayor o menor medida, de dichas estrategias. Uno de los escritores que hacen de estos recursos una marca personal es precisamente Gómez Carrillo. Al respecto, Wyld Ospina señala: “los sentidos tuvieron en él plena soberanía. Todo en su literatura se resuelve en perfume, caricia, música y visión. Por eso es, sobre todo, descriptivo, plástico, móvil, armonioso. [...] Su estilo, trasunto cabal de su temperamento, es pura y grácil sensualidad” (XII). Como veremos más adelante, el cronista busca, a través de la adjetivación y la humanización de los objetos, exaltar los sentidos de sus lectores.

Lo moderno está tan íntimamente relacionado con una temporalidad “vertiginosa y fragmentaria”, que autores como Martí consideran imposible crear una obra permanente sobre ella. Las crónicas, caracterizadas por ser narraciones

---

atención del lector. Y para ello, deberá valerse de la frase viva y fecunda, la frase “corta, nerviosa, desarticulada, la frase que salta, y ríe, y goza” (102). La frase, afirma, es plástica y puede pertenecer a tres tipos: “la frase color”, que sirve para transmitir sensaciones, “la frase mármol”, que el escritor trabaja y pule, y finalmente “la frase orquesta”, donde predomina el ritmo y la melodía.

del instante, fragmentos del entorno, constituyen, por tanto, el medio adecuado para pensar y reflexionar sobre los cambios que se están generando (Ramos 113). En este contexto, una de las aportaciones de Gómez Carrillo a la literatura de su patria son sus crónicas tempranas que, sin proponérselo, dada su juventud, congelan la imagen de la Guatemala durante el cambio de siglo. Sus crónicas guatemaltecas son escasas, pues solamente colabora por un tiempo muy breve en los periódicos de su país antes de emigrar a Francia.<sup>4</sup>

Uno de los aspectos destacados de estas crónicas adolescentes, es que el autor será uno de los primeros escritores nacionales que comienzan a escribir sobre esta Guatemala independiente, que anhela situarse como un país cosmopolita, próspero y culto. Al estudiar sus textos, vemos la imagen de una nación que espera exultante su incorporación al mundo industrializado, al lujo, la comodidad y al esplendoroso progreso. Y si bien hace hincapié en los aspectos que destacan la modernidad, el autor no puede evitar mostrar las grandes contradicciones que se viven en esos momentos, como las diferencias que existen entre la sociedad criolla-mestiza y la indígena, o el contraste entre la vida en la ciudad y el campo. Hay que destacar que cuando Gómez Carrillo publica por primera vez, Guatemala apenas se está alejando de la tutela española y conceptos como patria, nación e identidad se encuentran en proceso de formación y conceptualización. Inglaterra, Francia y Estados Unidos serán el referente que se pretende alcanzar. La imagen que nuestro cronista comienza a esbozar rompe con la de la literatura precedente,<sup>5</sup> cuyas raíces se encuentran profundamente arraigadas en la vida colonial, como es el caso de la novela histórica y el cuadro de costumbres, cuya tendencia didáctica busca establecer un puente entre el mundo colonial y los inicios de la Independencia. En este sentido, la representación guatemalteca gomezcarrillista no tiene puesta la mirada en el pasado, sino en el futuro.

Con técnicas propias de la pintura impresionista, el centroamericano traza con sus frases el cuadro utópico de un país en plena efervescencia económica y cultural que aspira a la universalidad. Sin embargo, la realidad se impone y también muestra los problemas que la Independencia no ha podido remediar. Como buen observador, descubre el velo y deja ver una sociedad sumamente conservadora, anclada en la Colonia, que se centra exclusivamente en la vida privilegiada del criollo guatemalteco. A través de sus primeras crónicas, experimenta en la creación narrativa del espacio urbano de su país,<sup>6</sup> que completará años más tarde

---

<sup>4</sup> La publicación de estas crónicas fue posible gracias al trabajo realizado por Catalina Barrios y Barrios para la redacción de su libro *Enrique Gómez Carrillo en el periodismo guatemalteco siglo XIX*.

<sup>5</sup> Por ejemplo, las novelas incipientes de José Antonio Irisarri, la poesía de José Batres, o las novelas históricas y los cuadros de costumbres de José Milla.

<sup>6</sup> Cuando hablo de espacio en este artículo, retomo la definición de Michel De Certeau (*La invención de lo cotidiano*), quien hace una distinción entre lugar y espacio. Para este investigador, lugar se convierte en espacio solamente cuando es un "lugar practicado", es decir, cuando los caminantes que recorren o viven en un lugar específico, transforman dicho lugar en espacio con el solo hecho de habitarlo, de interactuar con él a partir de sus acciones. El espacio es entonces la animación de

con el tomo uno de su autobiografía, *El despertar del alma* (1919), enteramente dedicada al lugar de su nacimiento. Si bien el lapso que pasa entre la publicación de estos textos evidencia marcadas diferencias entre un conjunto de relatos y otro, no identifico un cambio de discurso, sino una perfección de la técnica. Las primeras crónicas, parecidas a un flash que congela el instante, se distinguen por ser transmisoras de eventos centrados en el aquí y ahora; en los capítulos de la autobiografía en cambio, notamos la necesidad de narrar el pasado trayéndolo hacia el presente, a través de la experiencia y la sensación.

Para el autor, Guatemala se inscribe no sólo como una nación emancipada, sino como parte integral de América, en una concepción mucho más amplia de patria, término que, como mencioné líneas atrás, todavía se encuentra en construcción durante los primeros años de la Independencia. De ahí que más tarde, al hablar de su pertenencia a Guatemala, el autor afirme: “en el fondo soy tan patriota como Barrés, pero de otro modo. Soy el patriota de mi raza. Adorar a mi patria como Barrés adora el suyo, me sería imposible, porque una nación me parece demasiado pequeña” (*Sensaciones de París y Madrid* 21-22). Esta afirmación me parece significativa, ya que evidencia el proyecto de universalidad latinoamericano al que se suma personalmente, así como la exaltación del cosmopolitismo que caracteriza al movimiento modernista.<sup>7</sup> Esto es evidente en uno de los proyectos de larga data del autor, al plantear continuamente la necesidad de fomentar una literatura hispanoamericana como parte de su labor editorial, y que ya está presente en *Esquisses*, su primera publicación en Madrid, donde se ocupa de los grandes escritores contemporáneos.<sup>8</sup> Además de dar cuenta del proceso de desarrollo en el que se encuentra su país en ese momento, su autobiografía completa este objetivo y plantea otro: recordar su país, su familia, su infancia y adolescencia. Al hacerlo, reinventa su patria y reflexiona sobre su propia vida. A partir de anécdotas que dan cuenta de su rebeldía, sus inicios en el periodismo y sus primeros amores, construye de manera totalmente consciente, la imagen, el personaje de sí mismo con el que desea ser recordado

---

los lugares, aquella que surge cuando el movimiento de los habitantes, de los paseantes, los atraviesa, marca y transgrede.

<sup>7</sup> El concepto de cosmopolitismo en América Latina se usa para definir un rasgo del modernismo, que propone dos posturas complementarias: por un lado, la unificación del mundo debido a las transformaciones gracias al desarrollo tecnológico y del transporte, que producen una revolución en el ámbito de las comunicaciones; y por otro, un sentimiento de pertenencia a una tradición universal, en el que cada individuo es miembro de toda la Humanidad. *El diccionario enciclopédico de la lengua española*, de Elías Zerolo, en cuya elaboración colabora Gómez Carrillo, define al cosmopolita como “la persona que considera a todo el mundo como patria suya” (ctdo en Salomón 174). Y cosmopolitismo es definido como “doctrina que suprime los límites de la patria, sustrayendo al hombre a las afecciones locales o regionales” (ctdo en Salomón 174).

<sup>8</sup> En este texto de 72 páginas, Gómez Carrillo se ocupa de diversos escritores del canon occidental y latinoamericano como Oscar Wilde, Armand Silvestre, Charles Maurras, Paul Verlaine, Juliette Adam, Louis Le Cardonel, Charles Morice, Alejandro Sawa, Leconte de Lisle y Rubén Darío. La elección no es casual. Responde plenamente a sus gustos e inquietudes. Para el autor, estos escritores están contribuyendo en ese momento a la renovación de la literatura en general.

Como mencioné líneas atrás, la reconstrucción del espacio natal se desarrolla en dos periodos distintos. El primero será cuando el joven todavía vive en Guatemala y colabora en el diario *El Imparcial*,<sup>9</sup> en *La República de Centro América*,<sup>10</sup> y en *El Correo de la Tarde*<sup>11</sup>; y el segundo treinta años después, cuando escribe el primer tomo de su autobiografía, en el que reconstruye el espacio urbano y rural de su país. Si bien al momento de su publicación la capital se ha transformado radicalmente debido al terremoto de 1917, la que describe es aquella que guarda en su memoria: una combinación entre realidad, idealización e imaginación.<sup>12</sup> Para representar la evolución que vive su país, habla sobre los aspectos más representativos de una ciudad en pleno desarrollo. Al respecto, podemos incluir Guatemala en la reflexión que Llorante hace de la ciudad moderna:

La ciudad de la era industrial, la ciudad desbordada en su espacio a partir de la importante transformación de los sistemas de producción que trajo consigo la industria, ha sido un privilegiado objeto de representación. Es la ciudad contemplada [...] como espectáculo, admirada y sufrida como parte de la vida. Ya no sólo escena que enmarca los acontecimientos políticos, festivos, religiosos, sino objeto de representación [...] visible en la imagen y

---

<sup>9</sup> De acuerdo al extenso estudio de Catalina Barrios y Barrios, *Estudio histórico del periodismo guatemalteco*, en 1872 se publicó por primera vez *El Imparcial*, aunque duró menos de un año. En 1889 nuevamente vio la luz un diario con el mismo nombre, que es en el que Gómez Carrillo colabora (170; 306).

<sup>10</sup> *La República de Centro América* comenzó a editar en la Tipografía "La Unión", el 17 noviembre de 1889. El semanario se publicaba los domingos y se enviaba de forma gratuita a los maestros de escuela, por lo que se piensa que era subvencionado por el gobierno (Barrios y Barrios, *Estudio histórico* 307).

<sup>11</sup> *El Correo de la Tarde* se publica por primera vez el 8 de diciembre de 1890. Su carácter es semioficial, pues tiene financiamiento gubernamental. Su propósito, de acuerdo a su primera editorial, es servir al país, ser útil y agradable, y publicar todo lo relacionado con el progreso y engrandecimiento de Guatemala (ctdo en Olivera 259-261). El diario tuvo una vida breve pues su último número salió a la luz el 5 de junio de 1891, cuando el gobierno del general Barilla decide suspender la publicación de la prensa subvencionada (ctdo en Olivera 259-261).

<sup>12</sup> Al analizar textos como *El despertar del alma*, existe la discusión en torno a si se trata de una autobiografía, una memoria o bien, una novela autobiográfica. Solo hago referencia a este asunto pues no es el propósito de este trabajo profundizar ni problematizar sobre el género al cual se adscribe ese texto. Existen distintas posturas, pero de manera general, y de acuerdo a María Antonia Álvarez, la autobiografía se concibe como "una narración retrospectiva en prosa, que hace una persona real de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual [...] y principalmente en la historia de su personalidad [...]. La autobiografía presupone un intento [...] por reflejar la esfera íntima de su experiencia. [...] En la memoria el hecho externo se traslada a la experiencia consciente, pero la mirada del escritor se preocupa menos por la experiencia interna que por la esfera externa del hecho. El interés de la memoria se centra en el mundo de los acontecimientos, de los sucesos, en la narración de los hechos significativos [...]. Por el contrario, la autobiografía se acerca más a las características básicas del género cuando el tema real de su contenido es el carácter, la personalidad, las propias ideas, todos estos conceptos difíciles de definir, que en último lugar determinan la coherencia interna y el significado de la vida" (439-446).

en la palabra; descrito en su movimiento y en sus ritmos, en la sonoridad del ambiente, [...] definido en sus estructuras. (141)

La ciudad contemplada de Gómez Carrillo se aleja de los aspectos costumbristas y tradicionales de sus antecesores. Si, de acuerdo con Debord, la vida en las sociedades modernas es básicamente una inmensa acumulación de espectáculos, en que las vivencias no son otra cosa que meras representaciones (37-38), el autor no solo pone en el escaparate los aspectos físicos, culturales y económicos más relevantes de la capital, también exhibe su propia persona a través de las anécdotas de su vida. Nos persuade a convertirnos en espectadores de su país natal, aunque no de forma pasiva. Con tal de conseguir una reacción de parte de sus lectores, el cronista incordia, reta e invita a la polémica y a la réplica. Nos obliga a participar en el juego que se establece entre el escritor y el lector, al exaltar nuestros sentidos, jugar con nuestros sentimientos y confrontar nuestras viejas concepciones.

En *El despertar del alma*, por ejemplo, se refiere de manera explícita a sus experiencias eróticas con una mujer mucho mayor, lo que sin duda escandalizó a los lectores de su país. Incluso menciona, como de pasada, la costumbre arraigada de instalar a las jóvenes sirvientas cerca de los cuartos de los hijos de casa, para tenerlas a mano para atender sus urgencias sexuales; sin duda, un secreto a voces en ese momento. En el segundo tomo de *Los treinta años de mi vida*, narra un incipiente acercamiento homosexual, lo que, pese un ambiente más abierto a temas relativos a la homosexualidad durante los primeros años del siglo XX, sigue siendo un tema tabú en las sociedades conservadoras de América Latina. En su autobiografía, el propio autor señala que su objetivo principal al comenzar a publicar es simplemente llamar la atención del público de la época. En uno de esos primeros escritos, por mencionar alguno, se atreve a criticar la obra de José Milla y Vidaurre, considerado como “el padre de la Novela Guatemalteca”. Las observaciones del joven periodista son percibidas como un insulto, lo que provoca un alud de cartas al editor:

Si fuera necesario escoger lo mejor que escribió Milla, yo no dudaría ni un solo instante, en quedarme con los Cuadros de Costumbres [...], pues las novelas no tienen más que el relativo de haber sido escritas en Guatemala y de ser las únicas producidas por un ingenio nacional; tienen, es cierto, el mérito de la forma y del lenguaje, pero examinadas según las reglas pseudo-científicas de la crítica creada por la estética moderna, resultarían obras verdaderamente mediocres. (Barrios y Barrios, *Enrique Gómez Carrillo* 41-42)

Si una de las características de la crónica es la expresión de las emociones y reacciones personales respecto al espacio narrado, en el caso de Guatemala dichas características se acentúan dada la estrecha relación que el artista conserva con el país de su infancia. En este sentido, recordar la casa primigenia, el hogar familiar, el pasado, como afirma Bachelard, lo es todo, pues es donde reside el inconsciente, materia prima de los recuerdos. Por eso en *El despertar del*

*alma* predominan las anécdotas y resalta la nostalgia por el país que se dejó atrás. Por tanto, la narrativa sobre Guatemala en su conjunto será una mezcla entre el relato del joven que aspira a la libertad fuera de las estrecheces de su ciudad, y el del adulto que añora su infancia.

Como ya mencionamos, el hablar de su país natal, Gómez Carrillo se refiere básicamente al espacio urbano. En este sentido, la descripción que prevalece en sus crónicas funciona como espejo del mundo contemplado, recordado. Retoma de la crónica modernista el recurso de la descripción, misma que condensa tres valores estéticos: la novedad, la variedad y la singularidad (Cuvardic García 259). En otras palabras, destaca la variedad de los elementos que conforman su recreación, mismos que representan la novedad del espacio narrado. El cronista toma lo cotidiano y, al describirlo, lo vuelve único para el lector, quien no solo observa a través de la escritura aquello que ya conoce; también identifica aspectos distintivos que no había notado. A partir de la descripción impresionista, será posible destacar la singularidad que convierte a Guatemala en una ciudad extraordinaria, irrepetible. En este sentido, y de acuerdo con De Certeau, podemos decir que la descripción será un acto culturalmente creador, pues es ante todo fundadora de espacios, lo que le brindará a la narración un efecto de realidad (*La invención de lo cotidiano* 135). Al escribir sobre su país, Gómez Carrillo funda, de forma literaria, la Guatemala Independiente.

La lectura de la ciudad que hace Gómez Carrillo exalta lo novedoso del positivismo industrial: la tienda, la moda, la vida social, la educación, el teatro, la ópera, la arquitectura, y hasta los pleitos y el relato de crímenes sensacionalistas, sin olvidar la presencia exótica de Oriente, representada en la recámara de su amante. Con este fin, el autor hace una selección de instantes domésticos, familiares y sociales para dar cuenta de todo aquello que pueda impulsar a Guatemala hacia el modelo de modernidad europeo. Sin duda, la escena urbana que traza el periodismo latinoamericano del siglo XIX, incluidas las crónicas gómezcarrillistas, será uno de los primeros registros de las ciudades modernas (Cuvardic García 237).

La experiencia estética de la crónica se plantea desde una perspectiva caleidoscópica, una especie de collage en continuo cambio que contiene piezas reconocibles de la ciudad, formando una imagen única y particular de cada país. Al mismo tiempo, es parte de un rompecabezas mucho más amplio, que corresponde a la imagen colectiva que los literatos transmiten en conjunto sobre Latinoamérica, cuyo fin principal es que sus habitantes encuentren elementos comunes que les permitan identificarse como comunidad, independientemente de si viven en Guatemala, Argentina o Colombia. De ahí que las temáticas de las crónicas se refieran a los mismos tópicos. Lo que las distingue, en todo caso, es el punto de vista de cada escritor.<sup>13</sup> En este sentido, la experiencia, ya sea leída o vivida, es, como señala Llorente, fundamental:

---

<sup>13</sup> En este trabajo retomo la concepción de perspectiva que plantea Luz Aurora Pimentel: "Todo relato está inscrito en un haz de perspectivas que jerarquiza, matiza y relativiza la representación/construcción del mundo narrado. La perspectiva narrativa se define elementalmente

Como sujetos enfrentados a vivir en espacios de colectividad y cultura: para habitar, es preciso sostener una idea de espacio, de casa, de lugar, de ciudad, que continuamente se está rehaciendo en nuestra conciencia, bajo la influencia de las imágenes exteriores y de las vivencias. La cultura de habitar requiere también construcciones individuales para alcanzar su plenitud. [...] La emergencia en la literatura y el arte de la imagen real de la ciudad [...] es propia de la cultura contemporánea. También es actual la influencia que estas formas de representación tienen sobre la formación de la imagen de las ciudades que todos nosotros incorporamos a nuestra experiencia. (344-345)

Gómez Carrillo construye y reconfigura la representación de su ciudad en textos escritos con muchos años de diferencia, enriqueciéndola, complementándola a través de aspectos cuidadosamente elegidos, a veces contradictorios, como el de la ciudad pujante que pretende ser y su pertenencia a los “viejos pueblos españoles” (*El despertar* 107), que de inmediato remite a ese mundo colonial que el cronista afanosamente busca dejar atrás, pero con el que muchos de sus lectores se identifican todavía.

### **Sociedad y cultura**

En sus primeros escritos la imagen del espacio habitado que prevalece es la que ocurre en la avenida comercial conocida entonces como La Calle Real, cuya población viste imitando la moda francesa, como muestran las fotos de la época. La vida social y el florecimiento económico se entrelazan, sobre todo al hablar del consumo de productos valiosos, o la asistencia a espectáculos, bailes y convites a los que solo los privilegiados pueden acceder. Poco se habla de las profesiones en las que se ocupa la clase acomodada, aunque de pasada se mencionan médicos, abogados, académicos, comerciantes y diplomáticos. Por otra parte, se presenta una sociedad letrada, que desea estar informada de los últimos acontecimientos del momento, especialmente los que se refieren al resto del mundo, y disfruta del arte que la ciudad puede brindarle. Sobresalen aquellos temas que suponen un paso hacia el progreso, como la agitación y el bullicio de la vida pública, que simbólicamente representan movimiento, así como las transformaciones culturales, avances tecnológicos y pujanza económica, que insertan a la capital guatemalteca en lo que Cuvardic García llama un “espacio de consumo” (337). Dichos espacios exaltan la acumulación de objetos -entre más ricos, exóticos y lujosos mejor-, pues eso implica desarrollo y novedad. La apropiación de estos objetos por parte de los clientes de los diversos comercios no solo resalta la posición social de cada familia, sino que muestran una economía nacional aparentemente rica y saneada.

---

como un *filtro*, es decir, una *selección* y una *restricción* de la información narrativa” (61, las cursivas son de la autora).

Para dar cuenta del incipiente cosmopolitismo de la sociedad guatemalteca, nuestro cronista menciona que cuando Darío funda *El Correo de la Tarde*, por ejemplo, los lectores aprecian especialmente las noticias que vienen del exterior, escritas por su tío José Tribble: “Gracias a su dominio del francés y del inglés, sacaba de las revistas de Londres, de New York y de París, deliciosas misceláneas que la gente leía con mayor deleite que los artículos políticos o literarios” (*El despertar* 222). Para ello muestra un tipo de lector que apuesta por lo internacional, pendiente de lo que pasa en otras latitudes mucho más desarrolladas. De ahí que sienta más curiosidad por los eventos que suceden en Nueva York o París que en su propio país. De este modo, Gómez Carrillo destaca cómo los lectores se deleitan con las noticias que les permiten alejarse brevemente de los límites de su pequeña patria para participar, aunque sea como espectadores, de los eventos mundiales.

Pese a que la vida cultural es uno de sus temas más recurrentes, el guatemalteco, con un dejo de ironía, nos recuerda que todavía falta mucho para emular a París o Londres. Esto es evidente cuando se burla del comportamiento de los asistentes a los espectáculos, que aplauden o abuchean sonora y vulgarmente a los actores cada vez que algo no les gusta, o se refiere al momento en que él y su tío son expulsados del teatro después de la reseña que escribe sobre Milla. Cuando la policía se presenta, piensa que llega para protegerlos, cuando en realidad lo que quiere es echarlos a la calle, porque en Guatemala, señala con sorna, hasta la policía es crítica literaria. Más allá de estos comentarios, el teatro y la ópera representan lo más selecto de las expresiones artísticas y culturales de la capital. El público, sin embargo, debe tolerar que la calidad de las puestas en escena sea más bien pobre y hasta lamentable: artistas viejos y cansados, escenografías deficientes, y alguna buena obra de vez en cuando para mantener la atención, lo que el periodista critica ardorosamente. “Como era de esperarse siendo domingo, el teatro estuvo anoche muy concurrido. [...] Es necesario que entienda el empresario que no está ya la época en que con sólo cinco bailarinas de a ningún mérito se puede hacer aplaudir del público de Guatemala, [...] hay otra cosa que recomendar a Sorino: [...] más atención por los detalles de indumentaria” (Barrios y Barrios, *Enrique Gómez Carrillo* 97-98).

Si bien pareciera que el espectro cultural es vasto, las crónicas siempre se refieren al mismo empresario, al mismo elenco, a los mismos actores, que se esfuerzan en variar sus espectáculos para complacer a los espectadores, no siempre con éxito. En la referencia anterior, el guatemalteco deja claro que el teatro y la ópera deben mejorar para un público cada vez más exigente. Por contraste, se entiende que anteriormente los asistentes se conformaban con lo que el productor quisiera darles. Se puede deducir entonces que el gusto del público evoluciona, pero las manifestaciones culturales no. El progreso está llegando demasiado aprisa, mientras que la vida cultural y social de Guatemala se va quedando atrás. El público, cada día más cosmopolita y culto, exige mejores puestas en escena. En este caso, el periodista se apoya en el recurso del detalle, un procedimiento realista que los modernistas retomaron de los románticos, y cuyo objetivo es dejar una impronta clara en la mente del lector: “más atención por los detalles de la indumentaria” (Barrios y Barrios, *Enrique Gómez Carrillo* 97-98). El

detalle llega al punto en que la escritura del cronista se convierte en la voz enunciativa del resto de los asistentes, al exigir, por ejemplo, mayor calidad en las puestas de escena. De esta forma, el joven escritor logra la atención del lector, mimetizándose con el entorno y convirtiéndose en los ojos y oídos del espectador. Destaca así la valoración que el autor hace del objeto narrado, tomando una postura sobre lo que observa, postura que los lectores harán suya mediante la lectura de la crónica. Para Teichmann los espacios que se narran cumplen funciones simbólicas. En este caso el teatro es esencial, pues según el académico, puede considerarse como el gran barómetro de los valores morales del pueblo, ya que lo que se representa (y cómo se representa) indica sus gustos, sus intereses y hasta sus prejuicios (Cuvardic García 289).<sup>14</sup> El teatro expuesto en la narrativa gomezcarrillista evidencia una sociedad que pretende vincularse con la Cultura, en mayúsculas, pero su realidad todavía no lo permite.

En el campo literario, los gustos de las élites capitalinas todavía están arraigados en la literatura española. Desconfían de las letras francesas que comienzan a entusiasmar al joven escritor, y son poco tolerantes ante las críticas, sobre todo a figuras nacionales como Milla. Por tanto, las referencias literarias de este periodo serán básicamente españolas y, en menor medida, mexicanas y francesas. La ciudad letrada comienza a hacerse presente en estas primeras crónicas, que buscan destacar a las grandes plumas españolas, como Miguel de Cervantes, Federico Gamboa y Leopoldo Alas “Clarín”, entre otros.

La educación es otro de los rasgos que los modernistas toman en cuenta para medir el nivel de desarrollo, progreso e ilustración de una sociedad.<sup>15</sup> En la “Carta de Centro América”, publicada en Madrid el 18 de septiembre de 1890, el autor presenta una breve reseña sobre la situación política y social de la región centroamericana, enfocándose en la de su país. En dicho texto hace una pequeña radiografía del panorama que se vive en esos años. Apoyándose en información publicada en el diario oficial de la República, *El Guatemalteco*, Gómez Carrillo menciona los grandes avances introducidos durante el mandato de Lisandro Barillas (1885-1892)<sup>16</sup> en materia de educación: la creación o la remodelación de escuelas, el aumento de sueldo de los docentes, la construcción de nuevos edificios educativos, la compra de libros y de útiles para los alumnos. El cronista

---

<sup>14</sup> Al respecto, basta ver algunos de los nombres de las primeras crónicas que Gómez Carrillo escribe todavía en Guatemala, la mayoría dedicada al mundo del teatro: “Lucía de Lammermoor. Ruy Blas”, “Lucrecia Borgia”, “Ecos del teatro”, “Carmen”, “Una ‘vendetta’: Manuel Ibarra y Miguel Mendoza. Véase *Enrique Gómez Carrillo* de Catalina Barrios y Barrios.

<sup>15</sup> Domingo F. Sarmiento, por ejemplo, no solo fue maestro y defendió la educación pública como uno de los factores de cambio y modernización que la sociedad necesita para pasar de la barbarie a la civilización. Parte de sus postulados se pueden ver en su libro *Educación popular*. Años más tarde, José Martí también reflexionó mucho sobre el papel de la educación en la sociedad, especialmente en la latinoamericana. Para el cubano, la educación debe ser un elemento básico de transformación sociopolítica y económica (Hernández Pardo 44).

<sup>16</sup> Manuel Lisandro Barillas (Quetzaltenango 1845-México 1907), fue Presidente de Guatemala desde marzo de 1886 hasta marzo de 1892. Más tarde fue opositor al gobierno de Manuel Estrada Cabrera, por lo que se vio obligado a exiliarse en México, donde comenzó a orquestar una revuelta contra el dictador, quien finalmente lo mandó a asesinar en 1907.

afirma que jamás en la historia del país se había gastado tanto dinero en este rubro como en 1889, cuando se destina un millón de pesos anuales a la instrucción pública para una población de apenas un millón y medio de habitantes. Y compara esta inversión con la que hace Francia en el mismo periodo que, según los cálculos del propio autor, en 1881 apenas tenía mil escuelas por cada millón de habitantes, por lo que se deduce que el país centroamericano ha tenido un nivel de desarrollo mayor que Francia, al menos en este aspecto (Barrios y Barrios, *Enrique Gómez Carrillo* 75-79).<sup>17</sup> No podemos olvidar que muchas de las crónicas de Gómez Carrillo tenían la clara intención de promover el gobierno de Barillas, por lo que no sorprende la conclusión evidente de que, al menos en materia de educación, Guatemala supera a Francia.

Siguiendo con esta idea, la ciudad que veinte años atrás se centraba en la formación moral de la población, pues “no tenía más que curas, beatos, jubileos e iglesias”, en ese momento apuesta por la educación (Barrios y Barrios, *Enrique Gómez Carrillo* 77). A tal grado que, según el joven escritor, contaba con “más de mil trescientas escuelas para un millón y medio de almas. No hay ciudad importante que no tenga su Universidad y su Colegio de Medicina; no hay pueblo ¡qué digo pueblo!, ni caserío de mala muerte, ni hacienda, ni finca que carezca de escuela primaria o elemental por lo menos” (77-78). Y más adelante señala, “la enseñanza es laica como en todos los países civilizados, y la instrucción obligatoria” (77-78). De lo anterior se deduce que no hay un solo poblado en el país, por miserable que sea, que no tenga al menos una escuela primaria, lo que sin duda representa un avance impactante. Por otra parte, al señalar que anteriormente sólo había curas e iglesias donde ahora hay escuelas, muestra el apabullante progreso que el país, aparentemente, ha sufrido en 20 años. Aquí valdría la pena preguntarse si entre ese millón y medio de almas se encuentran también las de la población indígena y por qué, si la educación tuvo tanta importancia, el país no floreció como era de esperarse.

Más tarde, cuando pasa de los datos a la experiencia que se narra en su autobiografía, la imagen alentadora que presenta sobre la educación es radicalmente distinta. Pese al desarrollo que, según afirmaciones anteriores se había producido en este rubro, en lo personal ninguna escuela es capaz de despertar el suficiente interés en nuestro cronista. La descripción de su último intento por permanecer en una institución es reveladora. Por ejemplo, cuando habla del director del Instituto Nacional de Guatemala, lo llama “el domador”, con una connotación clara de que el régimen educativo está permeado desde su cabeza por la imposición: “era preciso, según su teoría, renunciar a toda voluntad

---

<sup>17</sup> De acuerdo a Andries y De la Torre, a mediados del siglo XIX el gobierno francés sienta las bases de su política escolar, cuyo objetivo principal es combatir el alfabetismo. Mediante la ley Guizot, se obliga a cada municipio a tener por lo menos una escuela primaria para los niños varones. Según los censos, los objetivos se cumplen cabalmente: en 1851 60% de los conscriptos han sido alfabetizados, y en 1871, veinte años después, los registros muestran que el 82 por ciento podía leer. Para estas autoras, el progreso en la alfabetización durante el siglo XIX explica el gran tiraje de los periódicos en Francia, a pesar de sus precios relativamente elevados (32-33). Vemos entonces que quizá las estimaciones de Gómez Carrillo no eran del todo precisas.

y someterme en carne y en espíritu, como los militares y los monjes, a la obediencia ciega” (*El despertar* 39-40). Las clases tampoco le parecen motivadoras: “Automáticamente pasé de una sala a otra sala, de una clase a otra clase, de un patio a otro patio... En todas partes encontraba las mismas caras, las mismas sonrisas hostiles, las mismas curiosidades irónicas. [...] Pero todo aquello no me importaba, no me llegaba al fondo del alma, casi no tenía nada que ver conmigo (*El despertar* 40).

### Sensaciones de Guatemala

Treinta años más tarde, al escribir su autobiografía, el artista se apoya sobre todo en el recurso de la sensación, muy usado por los modernistas. Cuando escribe: “iluminada por su flora, armonizada por el canto de los pájaros, adornada por el aire andaluz de sus rejas, sus jardines, sus ventanas floridas y las tardes de rosa y oro, el lector puede ver, escuchar y oler la belleza incomparable de la ciudad”, sus evocaciones buscan realzar el sincretismo entre la naturaleza propiamente americana (clima, fauna y flora), con la arquitectura española, lo que aporta el aire mestizo, característico de Guatemala de la Asunción (*El despertar* 19). De esta forma, el cronista enfatiza los contrastes entre lo nuevo y lo viejo, lo propio y lo ajeno, sobre todo en aquellos aspectos que puedan darle a su ciudad ese algo que la hace única, especial, inimitable.

Como se señaló anteriormente, la Guatemala de la autobiografía de Gómez Carrillo es una ciudad que no ha visto en 30 años. La ciudad real ha cambiado, no sólo debido al crecimiento natural que se vive en tres décadas, sino porque buena parte fue destruida por el terremoto de 1917; por tanto, la ciudad que el autor describe ya no existe. Su trazo y figura perduran tan solo en el imaginario del autor. Él mismo lo admite: “Dicen que la ciudad había cambiado en estos últimos veinte años, convirtiéndose en una de las más hermosas capitales de América. [...] Lo que me acongoja no son los edificios soberbios que el progreso de los últimos lustros ha levantado, sino los rinconcillos íntimos de mi infancia” (*El despertar* 19-20). Si bien nunca llega a conocer esos edificios soberbios, a través del recuerdo logra crear un mundo posible dentro de un contexto urbanístico bien delimitado, gracias a las diversas redes de interacción social que incluye -económicas, culturales y políticas-, así como la evocación de eventos que corresponden a la época narrada (Pimentel 178). Para crear este mundo posible, se preocupa de hacer una descripción detallada de una ciudad congelada en el tiempo a partir del ejercicio de la memoria. Respecto a la idealización del lugar de su infancia, Bachelard afirma que:

[...] la casa no sirve solamente al día, al hilo de una historia en el relato de nuestra historia. Por los sueños las diversas moradas de nuestra vida se compenetrán y guardan los tesoros de los días antiguos. Cuando vuelven, en la nueva casa, los recuerdos de las antiguas moradas, vemos al país de la Infancia Inmóvil, inmóvil como lo Inmemorial. Nos reconfortamos reviviendo recuerdos de protección. Algo cerrado debe guardar a los recuerdos dejándoles sus valores de imágenes. Los recuerdos del mundo

exterior no tendrán nunca la misma tonalidad que los recuerdos de la casa. Evocando los recuerdos de la casa, sumamos valores de sueño; no somos nunca verdaderos historiadores, somos siempre un poco poetas y nuestra emoción tal vez sólo traduzca la poesía perdida. [...] Porque los recuerdos de las antiguas moradas se reviven como ensueños, las moradas del pasado son en nosotros imperecederas. (29)

Tal y como lo hicieron los románticos latinoamericanos para exaltar las particularidades de sus tierras, recién independizadas, el autor a menudo se refiere a las bellezas naturales como una estrategia para recrear su ciudad de origen: “En Guatemala, el sol no se contenta con ser un modesto dorador, sino que envuelve el espacio entero en un raudal de pedrerías y baña los objetos en matices de esmalte” (*El despertar* 21). El cuadro que bosqueja es evidentemente impresionista, basado en el colorido y en los cambios de luz a lo largo del día. En este caso, la acción recae en el astro, que es mucho más que un modesto dorador: es capaz de llenar el espacio de un raudal de pedrerías y matices de esmalte. No podría plantear una imagen más paradisiaca. “Es un jardín de ensueño [...] un jardín ideal, [...] que no conoce ni la melancolía, ni los otoños, ni la agonía de los inviernos, y que vive en una perpetua primavera, bajo un sol que no es de fuego, sino de oro, bajo un cielo cuyas estrellas, más numerosas y más brillantes que las de Europa, parecen animadas por las armonías pitagóricas” (*El despertar* 21). Así, el autor juega con la sensualidad inherente de un bello jardín: su fragancia, su colorido, su hermosura. Por si fuera poco, humaniza el espacio al hablar de los estados de ánimo que se producen en cada una de las estaciones del año. En el imaginario, Guatemala es vista como un país luminoso, que todo el año goza de una primavera perpetua. Gómez Carillo no necesita hacer una descripción minuciosa para lograr este efecto. Basta con conmover los sentidos de sus lectores al convertir el espacio físico en sensación. Y para concluir con este cuadro sobre la ciudad de sus nostalgias, añade:

[...] no es aquella una comarca para morir, sino para vivir. Con su exuberancia de savia, el suelo guatemalteco tiene algo de paradisiaco, en el sentido bíblico de la palabra. Su atmósfera está siempre impregnada de vida, de deseos, de voluptuosidad y de bienaventuranza. Los mismos temblores, que de siglo en siglo, destruyen sus pueblos, son las demostraciones trágicas del fuego vivificador de sus entrañas. (*El despertar* 22)

Una de las estrategias que el centroamericano utilizará más adelante para representar una ciudad, especialmente París, será compararla con la imagen de una mujer. Al respecto, Francisco Cortés señala que “La ciudad ha sido siempre femenina, cada ciudad es propiamente una mujer, [...] carne y atuendo” (“La construcción del concepto de ciudad” 161). El mismo Gómez Carillo afirma, “las mujeres, todas las mujeres, representan el corazón de una ciudad” (*De Marsella a Tokio* 6). Esto responde a lo que Barthes llama la dimensión erótica del urbanismo:

“El erotismo de la ciudad es la enseñanza que podemos extraer de la naturaleza, infinitamente metafórica del discurso urbano” (264). El filósofo utiliza el término en su sentido más amplio, que también puede ser el de socialidad, pues la urbe es, en sus palabras, “esencial y semánticamente [...] el lugar de encuentro con el otro” (265); de ahí que la construcción narrativa de una ciudad pueda ser considerada también como un acercamiento erótico, de reconocimiento mutuo entre el escritor y su objeto de representación.<sup>18</sup> En estos textos, el guatemalteco se muestra enamorado de su país. Y si bien en las crónicas guatemaltecas la imagen ciudad-mujer todavía no está del todo configurada, podemos inferirla: la urbe que se nos presenta es toda vida, toda sensualidad, llena de una voluptuosidad descontrolada, hasta podríamos decir salvaje; tanto, que los temblores no serán vista solamente como tragedias, sino como parte de un incontrolable anhelo de vida. Esta metrópoli mujer está escondida entre las frases del guatemalteco: quizá apenas una ciudad-niña o ciudad-adolescente que comienza a crecer, a desarrollarse, sin saber con certeza quién es o qué será cuando grande, pero no por eso menos seductora.

Pese al tono de ensoñación que prevalece en *El despertar del alma*, también comienza a perfilarse una imagen menos afortunada de la capital y sus habitantes, menos idealizada. Esto es palpable al hablar de la de las cantinas. Cuando el joven escritor se escapa de la escuela y pasa la noche deambulando por la ciudad, uno de sus principales actos de rebeldía, a los catorce años, es entrar a una “sórdida cantina” y pedir su primera copa de aguardiente, que la mesera le sirve, pese a lamentar su juventud. Esta anécdota representa la transición entre la adolescencia y la vida adulta. Y en ese contexto, el alcohol será parte del rito iniciático. Esta imagen se complementa con el recuerdo de sus inicios periodísticos, cuando pasa más horas bebiendo aguardiente “en la trastienda de un bar mal afamado” (*El despertar* 206-07), que redactando sus artículos. Cuando a los dieciséis años Gómez Carrillo se convierte en un asiduo visitante del bar, como lo harán muchos de sus contemporáneos, su figura destaca del resto de los asistentes por otras convenciones sociales de su país: la diferencia de clases y la discriminación, que en este caso se manifiestan al mencionar su linaje, asociado con el modo de pensar y actuar de cada individuo. Se da por hecho que, a mayor linaje, mayores valores morales, mayor educación. Ejemplo de ello es cuando, debido a los amores con una muchacha, él y su tío están a punto de enfrentarse a golpes. Otros clientes lo impiden. “Y esos hombres, en quienes poco antes no habríamos querido reconocer sino ejemplares obscenos de la bestia humana, nos hablaron de un modo sensato, haciéndonos comprender cuan indigno de dos «niños finos» era reñir así por una

---

<sup>18</sup> Si bien la relación entre ciudad y mujer es un rasgo destacado en los modernistas latinoamericanos, a veces lo femenino se concentra solamente en uno de sus aspectos. Para Nervo, por ejemplo, el Sena se destaca como una figura femenina, “quizá así se explique su aptitud para el cambio y la mudanza *souvent femmé varie*... dijo el buen rey narigudo. Por lo demás, ¿si no fuera mujer habría tantos suicidas que se arrojan al Sena?” (s/p) y más adelante añade, “¿el Sena es la Seine? Recuerdo que en la exposición de 1900 en el Grand Palais había un relieve que alegorizaba el Sena; Era, entre las dos riberas erizadas de palacios, una mujer muellemente, voluptuosamente tendida en el cauce y que sonreía” (“El Sena” s/p).

coqueta tabernera” (*El despertar* 208). En este episodio, el autor contrapone la imagen de los “ejemplares obscenos de la bestia humana” con “niños finos” para remarcar la diferencia, no sólo de clase, sino de condición humana. En este sentido, prevalece su identidad criolla, que se percibe diferente respecto a los otros mestizos, indígenas. Como hemos visto, el alcohol se convierte en un tema recurrente. Parte de la vida cultural, social, y la incipiente bohemia, se centra en el Gran Hotel, “un antro nocturno donde se reunía la flor y nata de la juventud”. Pese a pretender ser el lugar donde se concentra lo mejor de la juventud capitalina, algunas noches solo se encuentran “ingleses borrachos” (*El despertar* 202). Así, el bar o la cantina, espacio de las tertulias, en el que los pleitos se suceden unos a otros y donde en la práctica no hay lugar para el intercambio de ideas, contrasta con los finos cafés parisinos que el cronista describirá más tarde. Queda claro que en Guatemala no existe el ambiente bohemio que tanto anhela y que solo encontrará cruzando el mar. No se vive la misma experiencia al tomar aguardiente en la cantina de un hotel, que bebiendo ajeno en los cafés parisinos.

La vida comercial de la ciudad se sintetiza simbólicamente en la figura del almacén “El bazar de la sorpresa” de la calle Real. Este sitio recrea la estética modernista que considera a las grandes ciudades como bazares o almacenes de novedades, y que nos remiten directamente a Francia, el país hegemónico de la moda y la elegancia. Comercio, por supuesto, implica progreso económico, abundancia. La tienda en cuestión es próspera, representación diminuta de los grandes almacenes europeos. “La tienda de don Ángel González era, en muy pequeño, una especie de *Bon Marché*,<sup>19</sup> en el cual había una sección para niños, otra de artículos para caballeros y una tercera para artículos para dama” (*El despertar* 83). La comparación entre uno de los mayores comercios parisinos con la tienda de Don Ángel, su dueño, es significativa. Al describir un almacén europeo en pequeña escala evidencia las aspiraciones de la capital por alcanzar el brillo y el prestigio de ciudades como París. Sin embargo, la enumeración de sus mercancías resalta las grandes diferencias entre el comercio guatemalteco y el de la Ciudad Luz. Los productos que se venden son abundantes, pero vulgares y de mala calidad. No vienen, como se presume, de París, sino de Barcelona, tomando el papel del “como sí” de la elegancia, una elegancia que todavía no ha permeado en el gusto americano, y se inclina más por la imitación y los colores brillantes que por el buen gusto. El “como sí” kantiano al que me refiero, representa una ilusión. Podríamos decir que es una metáfora de la realidad que implica lo inalcanzable. En filosofía la cuestión del “como sí” o *als ob*, ha sido desarrollada por Nietzsche, Vaihinger, Kant y Derridá, por mencionar algunos (Montenegro).

El autor, que durante su vida le dio una importancia especial a la moda, describe el ambiente de la tienda de esta forma:

---

<sup>19</sup> Le Bon Marché, que puede traducirse como “el buen mercado” o “el buen trato”, es el nombre de uno de los almacenes más famosos de París. Pensada al inicio como una tienda pequeña, en 1867 se había convertido en un gran almacén. Durante el tiempo en que Gómez Carrillo vive en París y escribe su autobiografía, *Le Bon Marché* es un lugar prestigioso, por lo que la comparación entre el Bazar de la sorpresa y *Le Bon Marché* no puede ser una coincidencia (Fernández).

El genio del gusto, con sus mil complicaciones encantadoras, con sus mil reflejos cambiantes, con sus mil suavidades tibias, no había penetrado aun en los trópicos. Sombreros cargados de plumas, sedas de colores vulgares, encajes hechos a máquina, medias de hilo negro, camisillas groseras, parasoles demasiado adornados, zapatitos de raso falso, he ahí lo que se vendía en «La sorpresa». (*El despertar* 83)

Al hablar del Bazar, Gómez Carrillo resalta una opulencia burda, que imita y no propone. Los textiles nacionales, afamados por la belleza de su colorido y factura no figuran aquí, pues no corresponden a la imagen europeizante que se pretende recrear. Poner en primer lugar los objetos de moda que se venden en el almacén de don Ángel, pone en evidencia cuan pobres y vulgares resultan, comparados con las finas telas usadas en los vestidos y sombreros parisinos, que el autor alaba una vez instalado en Francia. Francisco Morán destaca que, pese a la diferencia evidente que pueda existir entre las tiendas de París y Guatemala, la descripción del autor resalta una y otra vez el deseo de emular los modelos europeos de la sociedad guatemalteca. Un ejemplo de esto lo expresa Morán en la siguiente cita: “Así, la experiencia moderna –el ‘goce enfermizo’ que suscitan en él los ‘paraísos femeniles’, las tiendas de la ciudad– se inicia de este lado del Atlántico, mientras que la vivencia parisina solamente la enriquece” (142).

Pero el espacio que aparece en *El despertar del alma* no es sólo urbano. Cuando deserta de la escuela y huye, Gómez Carrillo deja de lado la descripción de la ciudad y se ocupa del campo, pasando así de la civilización (la urbe, los hoteles, los bares, la ópera...) a la barbarie, simbolizada en una naturaleza cada vez más intrincada y amenazadora. La comparación entre ambos espacios es reveladora, pues exhibe los contrastes tan marcados de la Guatemala de fines del siglo XIX.

### De la ciudad al campo

Cuando el cronista abandona definitivamente sus estudios formales decide huir por miedo a las repercusiones familiares. Se asocia con un amigo, hijo del zapatero, y juntos emprenden el primer viaje importante de su vida a través de la provincia de su país.<sup>20</sup> Esta travesía será vista como un rito de paso y una aventura. Los dos jóvenes recorren el largo camino hacia El Salvador, que aparece como la tierra prometida: el lugar donde los fugitivos encontrarán trabajo, podrán enriquecerse y enorgullecer a los suyos: “San Salvador -decíame mi compañero-

---

<sup>20</sup> Hay que señalar que la mención al campo es una excepción en Gómez Carrillo, que prefiere espacios más cosmopolitas. Si bien durante el modernismo el espacio narrado es principalmente el de la urbe, más adelante la literatura guatemalteca, especialmente las novelas del período que va de 1924 a 1958, se centran en el campo, con la excepción de *El señor presidente* de Asturias. De acuerdo a Leona Nickless, esto se debe a que muchos de los autores del período eran latifundistas que expresaban el mundo que conocían. Mientras en otros países el relato volvió a desplazarse a las ciudades, en Guatemala el criollismo se extendió más allá de mediados del siglo XX. Será Marco Antonio Flores a principios de los años setenta quien nuevamente proponga otros espacios ciudadanos, además de Guatemala: la Habana, Praga, París, etc. (16-17).

no es como Guatemala... Allá hay de todo... Mi operario me ha dicho que con cualquier cosa se hace uno rico..." (*El despertar* 56). Y más adelante, Rinconete, compañero de aventuras del autor, añade "Es el país más poblado del mundo [...], el más rico, el más hermoso, el más hospitalario" (56). Y si bien Guatemala aparece al inicio de la autobiografía como un lugar idílico, conforme avanza la narración nos damos cuenta de que no es suficiente para llenar las aspiraciones del joven, quien siempre está en búsqueda de algo más. Así, el Salvador representa el país donde todo es posible. Por supuesto, al poner esta imagen en la voz de dos adolescentes, casi niños, Gómez Carrillo no considera necesario comentar que la idea que se tiene del país vecino es sólo una exageración: "es el país más rico del mundo".

Para Bachelard no solo la casa se recuerda como un ensueño; el camino que nos lleva irremediablemente fuera de nosotros mismos y que libera, también lo hace: es el ensueño del hombre que anda. La imagen del camino representa simbólicamente los anhelos de los protagonistas: aventura, riqueza, descubrimiento. Sin embargo, la huida del artista hacia el lugar donde todo es posible se convierte, paradójicamente, en un encuentro con su país: con la naturaleza, con la otredad. El hogar, asociado con la ciudad, se transforma durante la travesía en un mundo ajeno, al que el protagonista observa con extrañeza. No es necesario salir del país para enfrentar lo desconocido.

El campo sigue perteneciendo a lo que el sociólogo guatemalteco Severo Martínez llama la patria del criollo: haciendas, fondas, carreteros que andan por los caminos, todos al servicio de un sector privilegiado de la sociedad. Sólo la visión del indio permanece fuera de la narración: figura lejana dentro de lo cotidiano. Si bien los indígenas son prácticamente invisibles en la narrativa de Gómez Carrillo, en el periplo hacia El Salvador, cuando pasa del paisaje urbano al rural, menciona algunos, quizá por única vez en su obra: los músicos que tocan la marimba y un viejo indio que regala comida a los fugitivos y parece domeñar su entorno, el único que, ante el peligro que representan los elementos, puede guiar su destino para evadir una naturaleza amenazante. En medio del esplendoroso espectáculo de un atardecer de fuego, los jóvenes escuchan el rumor de un enorme río, aunque no pueden verlo. El indio sin nombre les dice a los jóvenes dónde está y cómo vadearlo, lo que es vital para su viaje, ya que gracias al anciano consiguen agua para beber, y logran vencer el obstáculo en el que se ha convertido el río para avanzar al otro lado y proseguir su marcha.

Más adelante, el autor menciona que en ese viaje comienza a sentir por primera vez una curiosidad por la naturaleza que no había experimentado antes. Curiosamente, y de manera paralela, señala el poco interés que le despiertan las mujeres indias y campesinas con las que se encuentra en su periplo. Como si estas mujeres formaran parte del paisaje que observa, igual que un árbol, un río o las nubes del cielo. Hay una distancia entre el narrador y el campo. A diferencia de la narrativa que construye en torno a la ciudad, el artista siempre parece describir la provincia desde afuera: como lo hace un viajero al contemplar lo exótico del nuevo paisaje al que se enfrenta. Esta perspectiva nos recuerda el discurso de fascinación característica del romanticismo, cuando las recién estrenadas naciones latinoamericanas miran hacia adentro para buscar los rasgos de su

propia y particular identidad y, por primera vez, se asombran al descubrir algo que siempre estuvo ahí. Gómez Carrillo señala: “Durante los últimos cuatro días de nuestro viaje, un ceibo, un balsamero o un tamarindo tenían para mi más atractivos que las muchachas cobrizas que nos sonreían con risas bestiales y frescas al vernos pasar ante sus ranchos” (*El despertar* 74). El cronista nuevamente utiliza la adjetivación para transmitir una imagen clara de las campesinas de su país. El término “cobrizas” es una clara referencia al moreno de la piel, que a su vez indica su origen indígena o mestizo. Además, la mención a las risas “bestiales y frescas” muestra el contraste entre la falta de educación, de civilidad, que solo pueden tener las mujeres bestiales, junto a la inocencia y la juventud que evoca la palabra “frescas”. Como hemos visto, cuando el centroamericano habla de gente que pertenece a otro sector social, utiliza el adjetivo “bestial”, como una característica común del pueblo: los parroquianos de la cantina, “ejemplares obscenos de la bestia humana”, o bien las risas que serán reflejo de su salvajismo: si bien son frescas, son ante todo bestiales. En la descripción que acabo de comentar la naturaleza brilla, las mujeres de su pueblo no. Y esto nos indica claramente la línea que se establece entre el narrador que observa desde la distancia y esas mujeres que representan la otredad: un color distinto, cierta falta de humanidad derivada de una educación diferente, con valores culturales extraños. Aquí es claro que entre vencedores y vencidos, como cataloga Miguel León Portilla a los conquistadores e indígenas derrotados, Gómez Carrillo se identifica con los primeros.

En este mismo sentido, un episodio llama la atención. En medio de la selva, los niños encuentran una casa de maderas preciosas, tapizada de madre selvas. Un chalet francés, habitado por una familia de origen galo, cuya lengua es precisamente la francesa. Ya la sola mención de la casa es significativa: un pedazo de Francia en Guatemala. Aunque pareciera un episodio inventado, la familia representa la migración extranjera que llegó al país durante la Colonia para apropiarse de las fincas cafetaleras.<sup>21</sup> Este encuentro marca una diferencia entre el joven protagonista y su acompañante, Rinconete. La presencia de la familia francesa, especialmente la de una niña rubia de ojos azules que hechiza al narrador, implicará para el hijo del zapatero su propio encuentro con la otredad: una familia ajena a su cultura que habla una lengua que no entiende y de la que desconfía. No hay ningún rasgo que le permita establecer algún tipo de vínculo. Por primera vez en esta aventura, los jóvenes tendrán un acercamiento distinto ante el mismo objeto. Para el descendiente de los Albornoz, la finca representa aquello que desea poseer; el otro niño, en cambio, siente que se pierde a sí mismo: no hay nada en ese chalet con lo que se pueda identificar. El episodio realza las diferencias sociales y culturales entre dos personas que, por más que caminen juntos, siempre estarán separadas por sus diferencias de clase.

---

<sup>21</sup> Para estudiar las diferentes oleadas de extranjeros, en su mayoría europeos que llegaron al país durante la Colonia, ver *Guatemala, linaje y racismo* de Marta Casaus.

Yo comprendía confusamente, que en aquel chalet europeo, plantado cual una flor extraña en medio de los cafetales del Trópico, habría podido vivir algún tiempo, tal vez mucho tiempo, tal vez toda la vida. Veíame asociado a la familia del anciano cuyo nombre ignoraba, me veía convertido en un planteur activo, soñaba ante los labios tentadores de la niña rubia... ¡Ay!... Rinconete estaba ahí, Rinconete no podía quedarse, Rinconete sufría... (*El despertar* 64)

Un elemento importante en el episodio del viaje es, como ya dijimos, la presencia de la naturaleza, que de nutricia y acogedora en un inicio, se torna amenazante. Tal y como hace al describir la capital, Gómez Carrillo singulariza el espacio rural para exaltar la majestuosidad de la lluvia guatemalteca. “Por rara causalidad, el tiempo nos había favorecido hasta entonces. Y aunque conocíamos los aguaceros de Guatemala, no suponíamos siquiera lo que podía ser, en pleno campo, una tormenta” (*El despertar* 67); la lluvia guatemalteca toma entonces un cariz único que la separa de cualquier otra lluvia. Más adelante, la naturaleza se transforma y se vuelve agresiva, lo que enfatiza la vulnerabilidad de los personajes ante las fuerzas indomables del paisaje:

El estruendo de los truenos era formidable. Por todas partes salían, de las bocas de luz que se abrían en el cielo, rugidos espantosos que hacían temblar el espacio. Y la lluvia, la catarata de agua, continuaba cayendo sobre nuestros cuerpos, cual un alud en el que estábamos sumergidos sin cesar. A veces la masa de agua era tan densa, que hasta experimentábamos contra ella no solo una resistencia material a nuestra rápida marcha, sino hasta una nueva sensación de falta de aire, de asfixia angustiosa. (*El despertar* 69)

Vemos entonces que cuando el relato se aleja de la ciudad para adentrarse en el campo, la antigua imagen del jardín de ensueño, envuelto en una eterna primavera, se esfuma. Ya no hay un modesto dorador que esparza su luz sobre la ciudad, sino una lluvia que empapa, asfixia, y corta el paso del caminante. Al final este viaje se queda en nada; los jóvenes son detenidos en la frontera y obligados a regresar a la ciudad. La siguiente vez que el autor describe la naturaleza será cuando está a punto de abandonar su país para dirigirse a Europa y se encuentra en Escuintla para comenzar su viaje por mar. Ahí, junto a un campesino viejo, se dirige a un pueblo cercano y en el camino va descubriendo olores, colores, sonidos. Destaca su encuentro con el ceibo, el árbol nacional, famoso por su tamaño: “Y era el ceibo que extendía sus ramas como para que una tribu entera se abrigara a su sombra, el ceibo altísimo, más amplio que una cúpula de catedral, arraigado en la tierra negra para durar eternidades; el formidable ceibo cuyo recuerdo, más tarde, había de hacerme mezquinos los colosos del Líbano” (*El despertar* 244). La naturaleza, entonces, aparece como una mezcla de grandiosidad, exuberancia, amenaza y salvajismo.

### A manera de conclusión

Entre las crónicas guatemaltecas y *El despertar del alma* la imagen de la ciudad moderna y pujante que aparece en los primeros escritos de Gómez Carrillo comienza a desdibujarse para convertirse en un pequeño pueblo español, especialmente al referirse a la provincia. En este cuadro, sobresale la otredad, la de los habitantes del campo, que el autor contempla desde lejos. Ya no se trata de reflejar a la sociedad criolla de la ciudad, sino la de aquellos que pueden convivir con una naturaleza grandiosa, pero amenazante. En este sentido, la Guatemala rural finalmente se abre a los ojos del escritor.

Si bien en las crónicas guatemaltecas se traza una representación utópica del país, al final dicha representación se queda en lo que podríamos denominar el “como sí”, lo que reafirma la idea de una ciudad-adolescente que todavía no sabe bien quién es, pero busca con anhelo encontrar su propia fisonomía. Aunque destaca los aspectos más modernos de la urbe: educación, comercio, cultura, vida social, estos jamás se podrán comparar con el modelo supremo que en ese momento representa París, esa sí, maravillosa ciudad-mujer. Por ejemplo, la educación se presenta como si estuviera en plena expansión, llegando al punto de superar a la francesa, pero el cronista no puede dejar de presentar una imagen desoladora de su propia experiencia educativa. El comercio pareciera como si vendiera productos de calidad, pero sus mercancías son copias vulgares de los productos franceses, hechos en España. La ópera tiene gran importancia, como si se apreciara de la misma forma que en las grandes ciudades europeas, pero los escenarios son pobres y las puestas en escena carecen de calidad. Las tertulias en las cantinas o en los bares de los hoteles se llevan a cabo como si fuera en los cafés parisinos, pero carecen de su sofisticación y se encuentran aderezadas por las peleas de los parroquianos alcoholizados. Finalmente, se piensa como si hubiera crítica literaria, pero cuando el autor se atreve a referirse a ciertos escritores consagrados, corre el riesgo de convertirse en una afrenta nacional, como ocurre en el caso de José Milla.

Como vimos, la sociedad criolla, a la que nuestro autor pertenece, todavía tiene más lazos con España que con sus raíces americanas, situación que el escritor refleja fielmente. En este sentido, vale la pena referirse al viaje que el autor emprende hacia El Salvador, pues me parece que durante el mismo será confrontado de manera radical con la otredad indígena. Lo considero un viaje iniciático en el que “descubre” su patria: sus paisajes, su naturaleza y sus habitantes. Ejemplo de ello es que en este periplo se permite la inclusión de un sujeto social que aparece por primera y única vez en su obra o en la de otros escritores de su tiempo: la del indígena guatemalteco. En este sentido, Gómez Carrillo innova, pues por primera vez en su obra traza, aunque sea fugazmente, esta imagen, lo que es relevante en el momento de su enunciación, cuando el indígena todavía era invisible en la literatura nacional. Recordemos a Certeau cuando dice que el caminante afirma, respeta, sospecha, transgrede y arriesga. El camino hacia El Salvador no solo conduce metafóricamente a los dos adolescentes hacia el progreso y la riqueza: durante la travesía se convierte en una vía de reconocimiento y transformación.

Como ocurre también en la literatura colonial, los indígenas son vistos con extrañeza por el autor. Dentro del conjunto de la sociedad criolla, serán representados como la figura del sirviente por antonomasia, aquél que se ocupa de cubrir todas sus necesidades, lo que explica el poco interés por incluirlos en sus crónicas. Son los otros con los que convive diariamente, pero con los que, como buen hombre de su tiempo, no puede identificarse. El prejuicio colonial sobre ellos prevalece. Excluidos de la privilegiada sociedad a la que el escritor pertenece, los indígenas guatemaltecos son demasiado familiares, demasiado cercanos para que pueda considerarlos personajes atractivamente exóticos, que despierten su curiosidad, como sí lo harán los nativos de otras latitudes. Sólo en su madurez, al hacer la evocación del país de su infancia devastado por el terremoto, podremos ver la mención incidental del otro en su relato.

Pese a vivir en Europa, la presencia del cronista en el periodismo guatemalteco no cesa a lo largo de su vida, ya que continuamente colabora en distintas publicaciones de su patria. Sin duda, su obra marca un precedente que influye en las nuevas formas literarias que comienzan a proliferar en el país,<sup>22</sup> como lo hace a la hora de consolidar literariamente a Guatemala en el imaginario social, al apuntalar aquellos aspectos que evidencian el progreso que se espera alcanzar. En este mismo sentido, la publicación de las crónicas que escribe sobre sus viajes alrededor del mundo, o la vida en las trincheras durante la Primera Guerra Mundial, abrirán una ventana hacia otros horizontes para los jóvenes de su país, sobre todo para los nuevos escritores que sueñan con vivir y publicar en París, como su predecesor.

La imagen idílica del país independiente que le da continuidad a la no menos idílica imagen de la Guatemala colonial de los románticos, pronto desaparecerá para dar lugar a las propuestas narrativas de otros autores, que se refieren a la modernidad que Gómez Carrillo tantas veces exaltó, como un proyecto fallido que nunca se pudo alcanzar. En su lugar, las nuevas narrativas hablarán de la imposición de las dictaduras, la violencia, el conflicto armado, los problemas sociales, el racismo, la exclusión social, la soledad, el desencanto y la introducción de nuevos sujetos sociales como el “marero”, el sicario y el traficante de drogas. A Gómez Carrillo le seguirán Arévalo Martínez, Miguel Ángel Asturias, Luis Cardoza y Aragón, Marco Antonio Flores, Arturo Arias, Gerardo Guinea Diez, Rodrigo Rey Rosa y muchos otros autores que contribuirán a construir la representación del espacio guatemalteco actual.

Para recapitular, podemos decir entonces que las crónicas guatemaltecas de Gómez Carrillo proponen sobre todo una radiografía de la capital. En estas vistas, el autor se centra en la vida cotidiana de la sociedad criolla. Describe todos aquellos aspectos que aludan a lo moderno y desarrollado: la belleza de la ciudad, la cultura, la educación, el comercio. Guatemala, a decir del autor, no es un lugar para morir sino para vivir: ciudad-niña, ciudad-adolescente que sueña con sueños

---

<sup>22</sup> Otros escritores modernistas guatemaltecos son: Rafael Arévalo Martínez, autor de *El hombre que parecía un caballo y otros cuentos*; Máximo Soto Hill, autor de *Poemas y rimas y Dijes y bronces*; y la poeta María Cruz, traductora de poetas franceses como Baudelaire.

de grandeza. Y para ello describe sus olores, sonidos, colores y hasta sus sabores. Voluptuosa, muestra sus atractivos y esconde sus defectos. De esta forma la Guatemala gómezcarrillista es una ciudad que emerge esplendorosa, llena de contradicciones al mismo tiempo.

No es posible entender la representación literaria de la Guatemala actual sin tomar en cuenta las aportaciones de este autor, que no sólo propuso una nueva forma de trabajar la prosa en el periodismo nacional, así como temáticas novedosas y una manera impresionista de concebir el espacio, sino que fue la punta de lanza para representar la realidad del país, quizá ilusoria y con dejos de nostalgia, sí, pero no por ello con una mirada menos aguda.

#### Obras citadas

- Álvarez Calleja, María Antonia. "La autobiografía y sus géneros afines". *Epos: Revista de Filología*, no. 5, 1989, pp. 439-450.
- Andries, Lise y Laura Suárez de la Torre. *Impresiones de México y de Francia*. Instituto Mora-Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 2009.
- Arévalo Martínez, Rafael. *El hombre que parecía un caballo y otros cuentos. Edición Crítica*. ALLCA XX, 1997.
- Asturias. *El señor presidente. Edición Crítica*. ALLCA XX, 2000.
- Bachelard, Gastón. *La poética del espacio*. Fondo de Cultura Económica, 1975.
- Barrios y Barrios, Catalina, comp. *Enrique Gómez Carrillo en el periodismo guatemalteco siglo XIX*. Asociación Enrique Gómez Carrillo, 2009.
- Barrios y Barrios, Catalina. *Estudio histórico del periodismo guatemalteco. Época colonial y siglo XIX*. Editorial Universitaria, Universidad de San Carlo, 2003.
- Barthes, Roland. *La aventura semiológica*. Paidós, 1993.
- Casaus Arzú, Marta. *Guatemala: linaje y racismo*. Flacso, 1995.
- Cortés García, Francisco Joaquín. "La construcción del concepto de ciudad a partir de la ideación literaria". *Ciudades, arquitectura y espacio urbano, editado por Horacio Capel*. Instituto de Estudios Socioeconómicos, 2003, pp. 161-169.
- Cuvardic García, Dorde. *El flâneur en las prácticas culturales, costumbrismo y modernismo*. Editions Publibook, 2012. Accesado 20 ago. 2019.
- Debord, Guy. "La separación perfecta". *Pre-textos*. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 2000, pp. 37-51.
- De Certeau, Michel. *La escritura de la historia*. Universidad Iberoamericana/ Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 2010.

- De Certeau, Michel. "Tercera parte. Prácticas del espacio". *La invención de lo cotidiano*. Tomo 1. Artes de hacer. Universidad Iberoamericana, 2000.
- Fernández, Diana. "Los grandes almacenes. *Le Bon Marché*". *Vestuario escénico. Diseño. Historia y Teoría del Traje y la Moda. Cine. Teatro*, 2 marzo 2014. Accesado 25 ago. 2019.
- Gómez Carrillo, Enrique. *Esquisses*. Magna Terra, 2005.
- Gómez Carrillo, Enrique. "El arte de trabajar la prosa". *Páginas escogidas. Tomo I. Evocación de Guatemala, crítica*. Vol. 46. Ed. Ministerio de Educación Pública, 1954.
- Gómez Carrillo, Enrique. *Sensaciones de París y de Madrid*. Garnier Hermanos, 1900.
- Gómez Carrillo, Enrique. *Páginas escogidas. Tomo III. Cuentos, crónicas, poemas en prosa*. Ed. Ministerio de Educación Pública, 1954.
- Gómez Carrillo, Enrique. *El despertar del alma. Treinta años de mi vida*. Ed. Cultura-Asociación Enrique Gómez Carrillo, 2006.
- Gómez Carrillo, Enrique. *De Marsella a Tokio. Sensaciones de Egipto, la India, La China y el Japón*. Garnier Hermanos, s/f.
- Gómez Carrillo, Enrique. "Carta de Centro América". Barrios y Barrios, Catalina, comp. *Enrique Gómez Carrillo en el periodismo guatemalteco siglo XIX*. Asociación Enrique Gómez Carrillo, 2009.
- Hernández Pardo, Héctor. "José Martí, la educación como herramienta de transformación y liberación". *Americania. Revista de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla*, nueva época, número especial, 2015, pp. 44-67.
- Llorente, Marta. *La ciudad: huellas en el espacio habitado*. Acantilado, 2015.
- Martínez Peláez, Severo. *La patria del criollo. Ensayo e interpretación de la realidad colonial guatemalteca*. Fondo de Cultura Económica, 2012.
- Montenegro Bralic, Vicente. "Representación e ilusión. El «como si» en Kant, Nietzsche y Derrida". *Revista Pleyade*, no. 7, 2011, pp. 227-240. Accesado 18 ago. 2019.
- Morán, Francisco. "En el rallón lleno de espejos. Enrique Gómez Carrillo en la tienda por departamentos de la escritura modernista". *Revista Anclajes*, no. 10, 2007, pp. 141-155. Accesado 23 ago. 2019.
- Navarrete Quan, Yosahandi. *La construcción del espacio y la otredad en la travesía literaria de Enrique Gómez Carrillo: Guatemala, París y Egipto*. 2018. Colegio de Morelos, México, Tesis doctoral.

- Nervo, Amado. "El Sena". *Amado Nervo, lecturas de una obra en el tiempo*. México: Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México. Accesado 5 sept. 2019, s/p.
- Nickless, Leona. *Trilogía de la violencia, narrativa de Marco Antonio Flores*. Flacso, 2011.
- Olivera, Otto. "El correo de la tarde". *Revista Iberoamericana*, vol.33, no. 64, 1967, pp. 259-280.
- Pimentel, Luz Aurora. *El espacio en la ficción. Ficciones espaciales. La representación del espacio en los textos narrativos*. Siglo XXI, 2001.
- Portilla, Miguel León. *La visión de los vencidos*. Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Salomón, Noel. "Cosmopolitismo e Internacionalismo". *América Latina en sus ideas*, coordinado por Leopoldo Zea. XXI, 1986, pp.172-200.
- Sarmiento, Domingo F. *Educación Popular*. UNIFE: Editorial Universitaria, 2011.
- Soto Hall, Máximo. *Poemas y rimas*. Maréchal Montorier, 1893.
- Soto Hall, Máximo. *Dijos y bronces*. Tipografía de los hijos de M. G. Hernández, 1883.
- Wyld Ospina, Carlos. "Márgenes". *Enrique Gómez Carrillo, el cronista errante*, editado por Edelberto Torres Espinoza. FyG editores, 2007, pp. XI-XXII.
- Zerolo, Elías. *El diccionario enciclopédico de la lengua española*. Garnier Hermanos, Libreros-Editores, 1895.